

«Mi querida Isabel:

»He explorado todo el país hasta sus más ocultos rincones, y hace ocho días que muero de amor por vos, en medio de esta población salvaje. Empiezo á perder la paciencia. Si no venís, tomo el tren de París y corro á arrojar-me á vuestros pies. ¡Escuchadme, os lo suplico; cumplid vuestra promesa! Os llamo con todo el deseo de una pasión desesperada. Tardáis mucho; pero, según la expresión del poeta, cuando estéis aquí, conmovida por mi obediencia, me haréis justicia, querida mía, y me recompensaréis el tiempo, el amor y la dicha perdidos.

»J. VAN BERG.»

## XII

Tenía razón Isabel Robert para echar de menos su hotel de la rue Blanche. Aquel hotel, que formaba parte de su dote, era uno de esos nidos encantadores que solo se construyen y se saben amueblar en París. Quizá no entraba más que como un accesorio en la cuantiosa dote de la joven; pero así y todo, era para ella una verdadera joya, cuya pérdida debía lamentar, juntamente con otra parte de su dote, que le costaba la separación, confesémoslo, aun á riesgo de que se forme una idea muy triste de la humanidad en general, y del señor Robert en particular, cuyos asuntos trastornaba aquella separación.

Isabel y su dote formaban uno de esos conjuntos armónicos, completos, irresistibles, que atraen á los pretendientes.

Cuando el ingeniero y la joven se vieron por primera vez en el *foyer* de la Opera, sabían de

antemano lo que cada cual aportaba al matrimonio.

Inteligente, de elegancia poco común, dotada de gran delicadeza de espíritu, Isabel sintió halagada su vanidad viéndose pretendida por un hombre del mérito del ingeniero Robert, condecorado á los treinta años por algunos trabajos notables, y con brillante reputación.

El matrimonio se celebró con los mejores auspicios.

Los primeros años pasaron entre delicias, y el hotelito fué un verdadero nido de amor.

Por mucho que se quiera, cuesta trabajo borrar el recuerdo de los días felices. Siempre queda algo de él, como del perfume de una flor conservada mucho tiempo.

El ingeniero tuvo que suspender sus trabajos por algún tiempo, á consecuencia de su separación.

Al principio atenuaron su tristeza y su soledad el orgullo, el despecho, la ira, por aquello que no era más que una venganza ilegítima de la joven; pero después, el aguijón del recuerdo le hacía deplorar la pérdida de aquella felicidad.

¡Y por culpa suya!

Sí, por culpa suya. Así lo reconocía de buena fe cuando examinaba serenamente su conciencia.

Por lo demás, todo le hablaba de Isabel en el hotelito que él no había querido abandonar; por donde quiera que fuese veía su imagen reproducida cien veces por la pintura y por el mármol.

Sus retratos en traje de baile le mostraban aquellas formas esculpidas por divino artista, los brazos de inimitable perfección, el cuello ondulante, la ovalada cabeza, los labios y los ojos incomparables de su infiel compañera.

La alcoba nupcial, se asemejaba á un guarda joyas del cual hubieran robado los brazaletes, las sortijas y los collares.

Casimiro paseaba su melancolía por aquellas habitaciones, cuando estaba seguro de que los criados no le veían.

Sería un error sostener que la falta de Isabel la hacía para él, sino más querida, más deseada pero en el fondo habría hallado al recobrarla un placer semejante al del anticuario, que habiéndose dejado arrebatar por sorpresa el mejor ejemplar de su colección, lo recobrase por medio de la astucia.

Aquella obsesión que le dominaba, no podía curarse más que con un nuevo amor que sustituyese con ventaja al antiguo: reemplazando el hada morena por otra hada rubia.

Esta hada rubia no podía ser otra que su vecina, Luisa de Combes, la amiga de la esposa infiel, la viuda á quien veía diariamente vagar por entre los bosquecillos de su jardín, esperando á que la consolara en su soledad.

El ingeniero le había hecho siempre la corte; pero ella le había recordado constantemente el cumplimiento de su deber.

Sin embargo, nunca había renunciado á la esperanza.

Desde su separación fué más asiduo para con su vecina.

Aquella mañana se había despertado con ideas de conquista. En sus últimas conversaciones, Luisa parecía haberse dulcificado, transformación que solo un ciego hubiera dejado de advertir, en la emoción de su voz, en sus palabras de compasión por la suerte del ingeniero.

Caridad quiere decir amor, en el verdadero sentido de la palabra.

Aconsejado por el hastío, se decidió á abor-

dar la cuestión, obligando á su vecina á decidirse.

La casualidad acudió en su ayuda.

A las nueve de la mañana fué á sentarse á la sombra de un árbol, sobre un montículo, desde el cual se dominaba la escalera del jardín vecino, cuando vió bajar á la viudita cubriéndose con una sombrilla de color escarlata.

Después de dar algunas vueltas por el jardín, Luisa fué á sentarse en una eminencia parecida á la en que se hallaba Robert, y al descubrir á su admirador dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¿Ya salís? querido vecino.

—Como lo veis.

—¿Estais curado?

—Radicalmente.

—¿Vais á continuar vuestros viajes?

—Sí, para distraerme. Me aburro sin compañía.

—¿Vais á renovar vuestro pasado?

—Con tanto más empeño, cuanto que nada me retiene en este hogar vacío. ¿No he vuelto al celibato?

—No acuseis á nadie más que á vos.

—Quisiera oiros demostrar esta paradoja.

¿Soy yo quien ha cometido la torpeza, la falta inexcusable?

—La habéis provocado. Al menos tenéis complicidad en ella.

—¿Os atreveríais á comparar las faltas insignificantes del marido con la caída infamante de la mujer?

—La pobre Isabel se ha dejado arrastrar á una torpeza, á un crimen, si queréis, y que no le perdonáis. Sin embargo, ella os había perdonado antes.

—¡Imposible! ¡Jamás!

—Eso se dice muy pronto. Pensad en la dicha de que os habéis privado.

—Hay otras.

—¿Tan completas? ¿Estáis seguro de lo que decís?

—Quiero decir que confío en las nuevas dichas que me esperan, dichas vengadoras si...

—¿Si qué?

—Si vos consentís...

—Acabad.

—En lo que os pido hace tanto tiempo.

—Hay que hacer justicia, reconociendo como la primera de entre vuestras raras virtudes, la de la perseverancia. Hace mucho tiem-

po, efectivamente, que... ¿cómo decirlo?... postulais. Cosa que, entre paréntesis, sería lo suficiente para hacer que Isabel pensase en las represalias. ¡Pobre mujer!

—¡No hablemos de eso, os lo suplico.

—¿Pues de qué hemos de hablar?

—De vos; de vos á quien amo, á quien adoro, porque...

—Deteneos... ¿Sabeis hasta dónde os conduciría vuestra adoración hacia mi?

—Decid.

—Hasta franquear esa pared de seis pies.

—Lo haría con entusiasmo si me autozarais para ello.

—No por cierto. Preferiría ser yo la que lo franquease en tal caso; caso que no llegará.

—¿Por qué?

—Por las gentes. Puede uno conducirse de modo que haya de avergonzarse ante los criados de los demás; pero no se debe nunca hacer nada que pueda avergonzarle ante los suyos.

—Es una idea muy racional.

—Además, creo que no carecéis de discreción...

—¡Oh!

—Ni de ingenio...

—¡Oh!

—Ni de imaginación.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Me hacéis sonrojarme.

—Ya encontraríais un medio de despedir á esos parásitos, si fuera necesario.

—No lo dudéis. El día en que consintáis en hacerlo, les envío al otro lado de las fronteras con billetes de favor, como si fueran diputados.

—Seríais capaz, lo creo. Vamos á ver, hablando seriamente, ¿por qué no volvéis á reunirnos con Isabel?

—Porque no puedo... ni quiero. La sociedad...

—¿La sociedad? ¿Queréis que os diga lo que pensaría la sociedad?

—¿Qué?

—Que érais magnánimo. ¿No es el perdón de las injurias el colmo de lo sublime?

—Es que las injurias de esa clase...

—Son como las demás. En el fondo amáis á Isabel, y si habláseis con sinceridad, confesaríais que la echáis de menos.

—Sois muy sagaz.

—Estoy segura de que la mayor parte del tiempo lo pasáis vagando por sus habitaciones,

y que cubris de besos cuanto os la recuerda.

—Estáis en un error.

—¡Os habéis sonrojado! he acertado.

—La he querido, lo confieso; pero como ella ha olvidado...

—Una sencilla falta de memoria. ¿Y sabéis los felices resultados que puede tener para vos esa experiencia?

—No lo dudo.

—Escuchadme.

—¡Os escucho! ¡Sois admirable!

—Ese... ¿cómo se llama?

—Barillet.

—¡Nombre ridículo!

—El hombre es distinto del nombre. Si le viéseis...

—No siento ese deseo. He oído hablar mucho de él. Es un hombre grotesco por todos estilos, que servirá de término de comparación á la pobre Isabel.

—Preferiría que no le hubiese conocido.

—¡Qué diferencia, sin embargo! Antes soñaba ella cosas ideales, imposibles, divinas, con éxtasis delirantes, con placeres quiméricos. Ya sabéis que la imaginación vuela, sobre todo en la mujer aislada, y Dios sabe si vos la habíais

aislado. Se moría de hastío. Poneos en su lugar.

—Adelante.

—Eso es muy peligroso para una mujer de imaginación. Pero en lo sucesivo, ya sabe á qué atenerse. Vos sois tan superior...

—Me abrumáis...

—Sí, estáis muy por encima de ese Barillet.

—Os suplico...—dijo modestamente el ingeniero.

—Es justicia que se os debe hacer. No puede sostener la comparación con vos, que sois un Dios con respecto á él. ¿Cómo podía Isabel pensar en renovar una aventura que tan mal le ha salido?

—¿Os lo ha dicho ella?

—¿Quién queréis que me lo haya dicho? Lamenta amargamente lo que ha hecho. ¡Sus ojos, sus hermosos ojos negros, se funden en lágrimas! ¡Sus suspiros os apiadarían y enjugaríais con besos sus lágrimas!

—¡Pero ya comprendéis que el escándalo ha sido grande! Dado el primer paso en el proceso, iremos hasta el fin.

—¡Pensad en los atractivos que vais á perder!

—Los vuestros los hacen olvidar.

Robert se levantó impetuosamente.

—Dejemos el pasado—dijo.—Vuelvo á ser soltero. Nunca he apreciado tanto las delicias de la libertad. A vuestro lado soy ligero como una pluma.

—Ligero lo habéis sido siempre. Esa es la primera y la única causa de la perdición de esa desventurada.

—Sed sincera—dijo el ingeniero.—¿Sentís oscrúpulos?

—Sí.

—Sea. Os admiro desde mucho antes. Era el marido de vuestra mejor amiga, y no quisisteis arrebatársela el esposo. Pero hoy, ella ha roto nuestros lazos,

—Aun no lo están.

—Lo estarán muy pronto.

—¿Estáis seguro?

—Mi abogado me lo asegura. ¿De qué puede acusármese?

—¡Ah! ¡Si se supiera todo!

—Pero no se sabe, no se sabrá nunca.

Al decir esto, aproximó una escalera á la pared, subió hasta lo alto y se puso de codos sobre la pared.

—Soy libre como el aire—continuó,—y pongo á vuestros pies mi libertad. Pensadlo

bien. ¡Qué situación! Vos aquí y yo ¡que

—Por lo pronto—objetó la viuda—este hotel pertenece á vuestra esposa.

—Ella no se negará á alquilármelo como á cualquier otro.

—Sería un medio.

—¡Qué alegría!—exclamó él con calor.—  
¡Amarse á espaldas del mundo entero, conservar nuestra independenciam con todos los atractivos del amor! ¡Si supiéseis cómo os adoraría yo! ¡Sería un culto, un fanatismo el que tendría por vos!...

—¡A ratos perdidos!...

—¡Siempre!

—Lo habéis dicho muy pronto.

—Probad.

—La prueba es peligrosa—dijo ella bajando los ojos.

—Permitidme esperar.

—No os lo puedo prohibir.

—Decid que me lo consentís.

—Pero...

—Os lo suplico.

—¡Cuidado! ¡Vais á ser tan culpable como Isabel!

—¡No es lo mismo!

—¡No me haréis admitir jamás esa diferencia entre hombre y mujer! Lo que se aprecia en estos casos es la herida del corazón.

—¡Cuántas palabras inútiles! Yo no conozco más que dos...

—¿Qué son?

—Vais á incomodaros.

—¡Quién sabe!

—¿Me permitís decirlas?

—Sí.

—Os amo.

—¿Puedo creerlo?—suspiró Luisa ngiendofi admirablemente una gran perplejidad.

—Os juro...

—¡Sois tan ligero!...

—¡Qué error! Dejadme demostrároslo.

—¿Cómo?

—Al otro lado del muro.

—Quizá... ya veremos. Ahora me veo obligada á dejaros. Me hacéis olvidar que tengo que hacer...

—¡Tened compasión de mí; me volvéis loco!

—¡Ah! ¡Sois terrible! Adiós.

—Adiós, no; hasta luego.

La viuda se alejó sin volver la cabeza.

El bajó la escalera y se volvió á su puesto de descanso, diciéndose:

—Un esfuerzo más, y es mía. ¡Son tan débiles las mujeres! ¡Y aun hay quien se casa!

## XXIII

Toda paciencia tiene sus límites, hasta la de los enamorados.

En esta época de fiebre, ó de neurosis, como dicen los médicos, se gusta de hacerlo todo á escape, lo mismo los asuntos del corazón que los demás.

La señora de Robert tenía bastante experiencia para no desconocer esto. Así es que no quiso comprometer el éxito de su intriga prolongándola mucho.

Al leer la última carta de van Berg, juzgó que su proyecto estaba ya maduro, como lo estaba el de su amiga Luisa de Combes, respecto de Casimiro Robert, su marido.

Envió, pues, á van Berg un despacho telegráfico, que produjo á éste los más vivos transportes de esperanza y de alegría:

«—Esta tarde en *Toury*.»

Era lacónico, pero muy claro.

Cuando aquel telegrama era trasmitido al Yonne, la graciosa viuda, después de dejar entregado á su vecino al entusiasmo producido por sus veladas promesas, corrió á casa de su amiga y encontró á esta hablando con la doncella.

Rosa estaba vestida con sencillez, pero con gusto.

—¿No olvidareis mis instrucciones?—le dijo su ama.

—No, señora.

—¿Sabeis lo que os he prometido?

—Sí, señora.

—¡Tened mucho cuidado!

—La señora puede estar tranquila.

—Cuento con vuestra firmeza.

—La señora puede contar conmigo.

—Ese Belga es muy atrevido, ya lo sabeis.

—No se inquiete la señora.

—¡Muy audaz!

La doncella mostró al sonreirse los dientes más lindos del mundo.

—Os conozco y estoy tranquila—replicó su ama,—porque ¿qué diría Bastien.—Le amais mucho, ¿verdad?

—¡Oh, sí! ¿No tiene la señora otra cosa que ordenarme?

—No.

—Entonces... ¿puedo partir ya?

—Si estais dispuesta....

Rosa saludó á las dos señoras y salió.

Llevaba en la mano un caprichoso saco de viaje que, evidentemente pertenecía á su ama.

Era imposible no confundirla con una mujer de la buena sociedad, que regresa al campo, en donde tiene sus posesiones, ó en donde acostumbra á pasar algunas temporadas.

Estaba realmente seductora y linda.

La señora de Combes miró á su amiga con asombro.

—¡No comprendo, querida!—la dijo.

—Si estuvieras en *Toury* esta noche, comprenderías.

—¡Ah!... ¿Ese van Berg espera verte allí?

—Sí.

—Y... ¿no te verá?

—Claro que no, puesto que permaneceré en París.

—Entonces esperas que, en su despecho por tu retraso, se arrojará á recoger la distracción que le expides y cortejará á tu doncella, ¿no es eso?

—¡Me parece que la muchacha vale la pena!

—¡Haces mal en exponer á esa pobre Rosa á las galanterías del loco de van Berg!

—¡No hay cuidado!

—¿Por qué no hay cuidado?

—Porque está locamente enamorada de un muchacho, con el cual se casará pronto.

—¿Quién es ese muchacho.

—Su primo, el hijo del guarda de la Jouchere. ¡Figúrate si estará vigilada y protegida! Ella lo sabe, y el guarda y el hijo están en el complot.

—¡Eres terrible en tus perfidias!

—¡Odio á los hombres!

—¿Tú?

—¡Yo así lo creo, al menos! Además esta perfidia no tiene otro objeto que reunir al liejés y á su mitad, probándole á él que de todas las mujeres cuya posesión se ambiciona, suele ser la legítima la menos engañadora y la mejor.

—¿Aun en el caso de que la mujer legítima haya faltado á sus deberes?

—Aun en ese caso es la mejor.

—Amén—dijo la viudita.

—¿Y tú qué has conseguido?

—Tocamos al fin.

—¿De veras?

—Sí, estoy segura de ello. Si no temiera molestarte, te rogaría que me acompañaras á casa de tu abogado.

—¿A casa de *maitre* Papillot?

—Sí, á fin de convenir con él en la escena final.

—Partamos—dijo Isabel, tarareando un aire de *Carmen*.

—Sí, vamos á concertar el desenlace del drama.

—¿Crees que dará resultado?

—Pondría las manos en el fuego. ¿Según eso, sigues queriendo al *monstruo* de tu marido?

—¡Vergüenza me da confesarlo!...

—¿Entonces, por qué?...

Isabel bajó los ojos.

—¡No lo sé!—dijo.